

Estas dos tesis se remarcaban constantemente en los ensayos, actuando además como ejes problematizadores que multiplican los niveles de reflexión (lengua, cultura, ideología) e interaccionan las distintas líneas de estudio asumidas por el autor (estrategias de representación, instrumentos de apropiación de la lógica cultural y fundación o formación del intelectual: cultural o político)

De otro lado, en *El poder de la palabra*, se presenta a la crítica literaria latinoamericana como un espacio conflictivo, en donde cotidianamente existen pugnas (desde el centro a la periferia cultural y viceversa) por la hegemonía discursiva

Esta conflictividad no resuelta, tiene su origen —según el autor—, en la identificación del intelectual con respecto a determinadas políticas culturales. Es en este proceso identificatorio que el intelectual logra su institucionalización como agente representativo de su entorno social. Y su discurso, al canonicarse, adquiere el carácter de hegemónico.

Ahora bien, a partir de lo anterior, Mariaca Iturri establece que dicho discurso hegemónico es una construcción imaginaria, “subjetiva, retórica, ideológica” (p. 86) y sobre todo política, elaborada por algunos círculos restringidos de intelectuales que, por sus vínculos con determinados grupos de poder, se asumen, ellos y sus propuestas (regionalismo cultural, modernidad cultural, etc.), como representativas de una colectividad, negando, autoritaria e irreflexivamente, otras posibles representaciones discursivas.

Sin embargo, el autor no deja de reconocer la importancia de dichos intelectuales en tanto fundadores de nuestra tradición discursiva: “ese fue su horizonte” dice Mariaca Iturri, y agrega: “ahora es nuestra frontera. No podemos sino heredar la regionalidad construida, movernos entre la subalternidad periférica y la diferencia de nuestra alteridad. Pero quizá podremos, gracias a la obra de los fundadores, ya no vivir fijados en esta heredada encrucijada colonial y moderna” (p. 87).

De hecho, la actitud crítica puesta de manifiesto en *El poder de la palabra*, no es parricida, sino una reflexión objetiva que busca, asumiendo la tradición, construir una imagen coherente de nuestros horizontes culturales. Desde esta perspectiva, Mariaca Iturri logra desarrollar lo fundamental de sus exigencias: “la reconstrucción del pensamiento crítico hispanoamericano permitiría reconocer distintas políticas culturales en la formación de nuestro canon literario”. Y, sobre todo, sus distintos efectos en la institucionalización de la crítica latinoamericana. Su importancia y necesidad son, entonces, obvias. “Reconocer los grandes sistemas —o las metanarrativas, si se quiere entender analógicamente los relatos críticos en el sentido que les da Lyotard— organizados por nuestros intelectuales literarios va a posibilitar revisar sus políticas culturales y, más allá, su efecto social” (p. 10-11).

En ese sentido, *El poder de la palabra* se muestra como un acucioso y lúcido diagnóstico de la situación actual de la crítica literaria latinoamericana. Asimismo, el autor amplía la agenda problemática insertando cuestionamientos cuya dilucidación requiere de un renovado aparato crítico, advertido en su discurso, pero que escapa al planteamiento inicial del presente ensayo.

En suma, este texto de Mariaca Iturri viene a formar parte —junto con los de Walter Mignolo, Cornejo Polar, Carlos Rincón, Raúl Bueno y otros—, de una tendencia metacrítica en los ámbitos de la crítica latinoamericana, que poco a poco va ganando espacio y haciéndose de un público ávido de su espíritu iconoclasta y perspicaz.

Carlos García Miranda
Universidad de San Marcos

Julio Ortega. *El discurso de la Abundancia*. Caracas: Monte Avila, 1992.

Si Huamán Poma en su larga carta al Rey de España demuestra la apro-

piación de las características de una cultura dominante para cuestionarla en sus propios términos, al sugerir la división de la tierra en cuatro reinos, teniendo como supremo Rey al monarca español; es decir, si demuestra su resistencia a ser absorbido por la nueva cultura invasora, como antes lo habían hecho sus antepasados frente a los Incas, las preguntas que se nos presentan como fundamentales ante esta actitud son: ¿Qué significaba ese nuevo orden propuesto por Huamán Poma? ¿Es que acaso la respuesta del cronista indígena no se ha repetido a lo largo de nuestra historia? En pocas palabras: ¿cómo nos hemos ido representando a lo largo de nuestra historia en diálogo con occidente? A este tipo de preguntas intenta dar respuesta el libro de Julio Ortega, *El discurso de la Abundancia*, que hoy reseñamos.

Ortega posee una larga trayectoria como ensayista, —demás de crítico, narrador, poeta y dramaturgo, contándose entre sus diversas publicaciones *La contemplación y la fiesta* (1968), *Rituales* (1976), *Texto, comunicación y cultura: "Los ríos profundos" de José María Arguedas* (1982), *Cultura y Modernización en la Lima del 900* (1986), entre otros.

En este libro adelanta una teoría de la representación de América Latina. Propone que esa representación es elaborada por tres modelos discursivos: el discurso de la abundancia, que genera una versión fecunda de las formas y del sentido; el discurso de la carencia, que contrapone una versión defectiva, donde la negatividad despoja la forma y escatima el sentido, y el discurso de lo virtual, que proyecta una versión alterna y supone una realidad por hacerse.

Ortega advierte que estos modelos se encuentran en alternativa y disputa por volverse hegemónicos, pero el latinoamericano (sujeto/hecho/discurso) está, marcado por una serie de cortes (la conquista, la independencia, etc.) y se suma a todo esto la importación de ideas, de corrientes del pensamiento tales como el positivismo, el marxismo, el psicoanálisis, etc.

Si la cultura es información (la suma de información no genética), es en este

punto donde intenta el autor abordar al sujeto latinoamericano. La primera manifestación sería la de Garcilaso, que tiene que escribir como "mestizo" frente a una realidad convulsionada. Qué de propio se encuentra en esos discursos, cómo hemos asimilado las ideas extranjeras, es en estos intersticios donde Ortega detecta nuestras representaciones, que se ven claramente en Garcilaso y Huamán Poma.

El texto cultural tiene el privilegio de presentarse como articulador, como paradigma para poder dar lectura a un momento socio-histórico concreto y si éste además es una ampliación de las funciones originales del discurso, podemos leer la novela como una forma de verdad, nos dice Ortega, y en realidad esto es lo que hace en la segunda sección del libro. Luego de haber presentado en la primera dos discursos fundacionales (Garcilaso y Huamán Poma), en esta parte incide en diferentes autores contemporáneos (Lezama, Sarduy, Vallejo, etc.) y en el discurso de cierta narrativa (México), con la intención de verificar cómo se dan las propuestas, se intercambian los discursos, es decir, cómo nos decimos, cuáles son nuestras modernas respuestas frente a nuestra realidad cambiante.

El discurso de la Abundancia ensaya una lectura de nuestras formas de decirnos, para esto se apropia también de discursos generados por occidente (semiótica cultural, funciones del discurso, etc.), forma paradójica que se presenta como necesaria. La interdisciplinariedad aparece como necesaria para entender en una extensión mayor los sucesos culturales en nuestras siempre recientes naciones, por ello es insustituible la inclusión de modelos del "otro", de los diferentes modelos del "otro" que pueblan nuestra gigantesca semiósfera que es la tierra, de manera que las fronteras y las posiciones centralistas se relativicen cada vez más.

En esta época de caídas de paradigmas, de crisis, de ideales, frente a las múltiples carencias en las cuales se encuentra atrapada América Latina, el libro de Julio Ortega aparece como de necesaria lectura, no sólo porque permite reflexionar acerca de las dife-

rentes respuestas que se sucedieron, sino sobre todo, porque se muestra esencial para pensar y construir la verdadera abundancia.

Miguel Maguiño
Universidad de San Marcos

Alvaro Félix Bolaños. *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial. Los indios pijaos de Fray Pedro Simón*, Bogotá: Cerec, 1994.

La cuestión del *otro* se ha constituido en uno de los ejes fundamentales del trabajo crítico de los últimos años. Edward Said, Homi Bhabha, Michel de Certeau, por mencionar algunos de los ensayistas más importantes en la actualidad, se dedicaron a investigar y analizar este problema. ¿Por qué ese interés? —nos preguntamos—, ¿cuáles son los supuestos que esta nueva perspectiva sobre el tema viene a socavar?

En América, el indio es uno de los sujetos privilegiados para abordar la cuestión del otro. Pero si antes la crítica había limitado los textos de la conquistista y la colonia a disquisiciones históricas o filológicas, ahora los “estudios coloniales” —como se ha dado en llamar la renovadora corriente de investigación sobre las crónicas de Indias— proponen una relectura de estos textos. El debate sobre el tipo de abordaje a los textos de la colonia se produce, fundamentalmente, alrededor de tres aspectos metodológicos: el recorte del objeto, sus límites genéricos y los modos de representación del otro. El texto colonial —en tanto se lo considera, en disidencia con las posiciones tradicionalistas, una convergencia de diversos estratos discursivos— se constituye en “objeto cultural”. En la explicación obsesiva de la novedad que practicaron los cronistas, los estudios coloniales buscan sus implicancias ideológicas y la manipulación de la imagen creada del Nuevo Mundo a partir de los intereses económico-políticos de la corona. Se trata, entonces, de leer la representación de ese otro “indio” en el texto colonial,

discutiendo con las posiciones eurocentristas pero diferenciándose a la vez de la corriente indigenista del alegato incondicional.

Desde esta perspectiva de lectura, el colombiano Alvaro Félix Bolaños, profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Tulane, Nueva Orleans (EE.UU.), escribe su libro *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial. Los indios pijaos de Fray Pedro Simón*. En su presentación, la reconocida colonialista Rolena Adorno sostiene que “Bolaños definitivamente demuestra el poder de una de las imágenes [la de los caníbales pijaos] que consistentemente ha delineado a los habitantes nativos de América Latina y nos hace conscientes de la tenacidad y de la instrumentalidad de este ideal a lo largo de los siglos”.

La representación de los indios pijaos en las *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales* del franciscano Fray Pedro Simón es el ejemplo a partir del cual Bolaños desmonta las estrategias retóricas usadas en los textos coloniales y las lee como justificación ideológica de la labor de exterminio operada en la colonia. Para ello, el crítico centra su análisis en la tercera parte de las *Noticias históricas*, en la cual Fray Pedro se ocupa de la guerra contra los pijaos en el territorio de Nueva Granada, guerra a la cual asistió en carácter de evangelizador, acompañando al presidente de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, Juan de Borja, punta de lanza de la labor exterminadora a principios del siglo XVII. Pero —siempre atento a la explicitación metodológica— Bolaños nos anticipa desde la “Introducción” que su investigación no se detiene en el texto de Simón sino que apunta sobre todo a analizar el “perdurable legado de fray Pedro Simón en los historiográficos hispanoamericanos contemporáneos”. En este punto, donde se separa de la corriente crítica etnocentrista, se introduce la polémica. Para Bolaños, el exterminio del indio en los siglos XVI y XVII se continúa en cierto racismo inherente a muchos de los textos de la historiografía contemporánea que, al retomar la imagen del indio “bárbaro”